

CAPÍTULO VII

Situación política de Parma. — Presiéntese la muerte próxima de don Fernando. — El duque en Fontevivo. — Su encuentro con el Padre Pignatelli. — Siéntese enfermo y reconócese envenenado. — Espira asistido del Siervo de Dios. — Mutua opinión en que se tenían. — Amor del difunto duque á la Compañía. — Vuelta del Padre á Parma y á Colorno. — Tienta la confianza en Dios de sus súbditos. — Encuéntrala arraigada en sus corazones. — Enciéndese en nuevo fervor. — Asegura la salvacion del infante. — Ocupacion de Parma por los franceses. — Continúa el Venerable sus ordinarios ministerios, sus limosnas acostumbradas y el mismo tenor en el gobierno. — Fama de su santidad. — El senador Abundio Rezzónico en Colorno.

1802

Para mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, conviene recordar la situación política del estado de Parma por este tiempo. La union entre España y Francia era íntima en esta época: no obstante el directorio francés había querido privar de sus estados á los duques de Parma, cuya vecindad comprometía la seguridad del ejército de la república, que ocupaba los estados del rey de Cerdeña.

El ministro Urquijo conjuró la tempestad: mas previendo que podría reproducirse, después de la batalla de Marengo propuso el cambio de Parma por la Etruria, creyendo que este último país, como más separado del teatro habitual de la guerra,

sería un asilo más seguro para los duques y aumentaría la dignidad de aquella rama de la casa de Borbon; pues el soberano de Etruria llevaría el título de rey. El tratado particular en que se estipuló el cambio, fue celebrado en San Ildefonso entre el ministro español y el general Berthier en 1800.

El año siguiente de 1801 por el tratado de Luneville entre Francia y Austria erigióse efectivamente en reino, llamado de Etruria, el gran ducado de Toscana, arrebatado á su gran duque Fernando III, de la casa de Austria. Deseosa la reina de España de desposar á su hija María Luisa con persona de sangre real, D. Nicolás de Azara, ministro de España en Paris, negoció allí con aquel gobierno el matrimonio de la infanta con el príncipe heredero del ducado de Parma, D. Luis, único hijo varon del duque D. Fernando, al que designó por soberano del nuevo reino de Etruria. Repugnaba el duque D. Fernando á la cesion de Parma; y se convino en que conservara su posesion durante su vida. La princesa de Santa Cruz, al oír de Azara el resultado de su negociacion, exclamó horrorizada: «Habéis sentenciado á muerte al buen duque. Bien presto se verá.» Y así fue¹.

Parece que el P. Pignatelli tuvo conocimiento del próximo

¹ Todo esto lo contó la misma princesa al P. Santiago Bottini, familiar del duque, residente en el colegio de nobles, y testigo de todo lo ocurrido con D. Fernando.

De esta princesa de Santa Cruz escribía el P. LUENGO pocos años después, esto es, en 22 de Abril de 1809. «Ayer estuvieron (Saliceti y Miollis) en Tívoli. Les acompaña la famosa princesa viuda de *Santa Croce*, ó Santa Cruz, de la familia Falconieri. Por su mucha intimidad..... con Bernís, y con D. José Moñino y D. Nicolás de Azara, era omnipotente en Roma en los pontificados de Clemente XIV y Pío VI, especialmente hasta que el año de 1792 Moñino perdió la gracia del Rey: y por todo aquel tiempo no tenía otro nombre que el de «Dama universal,» y por antonomasia «Dama borbona.» De dama borbona pasó de un salto á «Dama republicana» y filósofa, y amiga íntima y cortejada de los enemigos y opresores de los Borbones de Francia y España: y ha criado tan bien con esta leche á sus hijos, que todos ellos, aunque atestados de pensiones, sin mérito alguno, por los reyes de España, son tan republicanos, tan filósofos y tan anti-borbones como su madre.» (*Diario*, Tomo 43, pág. 287).

cambio político del estado de Parma, y de las dificultades en que habían de verse en Colorno, de un modo especial los estudiantes y novicios. Á este propósito cuenta el P. Nicolás Grassi el caso siguiente: «Antes que muriese el Duque, el Siervo de Dios mandó traer de Plasencia los escritos de filosofía y matemáticas del P. Gil, antiguo jesuita, á la sazón profesor en el colegio de San Pedro de Plasencia, tal vez con la idea de enviarnos después allá para cursar aquellas asignaturas. Llegados aquellos escritos, nos los hizo copiar, para que no tuviéramos que perder demasiado tiempo en caso de que debiésemos cursar filosofía. Mucho nos ayudó haber tenido esta providencia: porque después de muerto el duque, no pudiendo establecerse el dicho curso á causa del cambio político de las cosas, no nos quedaron más que aquellos escritos, que ya teníamos copiados, para la materia y el orden de los dichos estudios; y de ellos pudieron aprovecharse privadamente en Colorno los jóvenes religiosos que después pasaron á San Roque en Parma y de aquí á Nápoles¹.»

El trágico fin del duque sucedió de esta manera. Solía don Fernando ir á pasar uno de los primeros días del mes de Octubre, próximos á la fiesta de San Francisco de Borja, en la abadía ó casa de campo llamada *Fontevivo*, propiedad del colegio de nobles. Este año de 1802 quiso darse aquella expansion no solo para tomarse tiempo de tratar con el P. Pignatelli ciertos negocios pertenecientes á la administracion de dicho colegio, sino tambien para desvanecer una idea melancólica que le preocupaba.

Fue á Colorno, donde á primeros de Octubre estaba D. Fernando, un jóven, hijo de un francés, que se había unido á los franceses en Italia. Pidió audiencia para ver y hablar al duque, y negáronsele: instó, y por toda respuesta se le entregaron treinta doblones, creyendo que iba para pedir socorro de alguna necesidad en que se hallaba. Rehusólos el jóven, y esto hizo más misteriosa su peticion.

¹ *Process. Rom.*, fol. 574.

Suplicó entonces que se le dejase hablar siquiera con el confidente del duque; y accediendo á sus ruegos, se presentó este á ver lo que se le ofrecía. Dijole el jóven, que venía de Cremona y que había andado toda la noche, para anunciar al duque que asistiendo él en una logia masónica, oyó tratar de los medios más á propósito para envenenar al príncipe de Parma. Quedó este consternado al saber tal noticia; y apenas pudieron calmar un tanto su turbacion los esfuerzos de sus amigos, que no veían en aquella denuncia sino un ardid para intimidarle é inclinarle á la renuncia de sus estados, que ya varias veces algunos le habían aconsejado como único medio para salvar su vida.

Tranquilizado con esto, aunque no del todo, el día ántes de la marcha á Fontevivo escribió una esquila al P. Pignatelli, suplicándole que se trasladase allá, en donde hacia el anochecer del día siguiente le aguardaba. La carta del duque decía así: «Carísimo amigo: mañana temprano saldré para Parma; al anochecer ó ántes estaré en la abadía, donde pienso detenerme tres días. Entretanto si no os fuera muy molesto, podriais trasladaros allá, donde con quietud podríamos terminar los negocios que sabéis. En caso de resolveros á ir, sabed que tenéis á vuestra disposicion un coche. Adiós. — FERNANDO.»

Extrañó grandemente el P. José aquella imprevista invitacion, y vaciló un buen rato sobre si debía ir ó no á la quinta: pidió consejo á un Padre de su confianza; y diciéndole este que fuese, se decidió á dar gusto al duque. Á la mañana siguiente dijo misa con fervor extraordinario, durante la cual parece que el Señor le dio á conocer el resultado de aquel viaje como muy diverso del que él se figuraba, y que le manifestó con claridad la próxima muerte del duque. Terminada la misa y la accion de gracias, fue al refectorio á desayunarse; y sentándose en un banco, se turbó, y dijo suspirando con toda su alma: «¡Ay cuánto me disgusta este viaje! Tiene que ser fatal...» Estaba solo con él el H. José Grassi, que le servía; y aturdido este con la repentina exclamacion, preguntó al Padre qué le pasaba, y por qué se afligía tanto; pero no obtuvo más respuesta que una recalcada re-

peticion de lo dicho: que mucho le disgustaba aquella salida de Colorno.

Lo que luégo pasó, oigámoslo de dos testigos, uno ocular, y otro que lo oyó referir al Padre. Uno de los palafreneros del duque, por nombre Tomás Franchi, refiere así el hecho¹: «Me hallé presente en Colorno el 6 de Octubre de 1802, día en que el duque se partió para Parma: y me acuerdo que al subir al coche, vi que allí estaba el P. Pignatelli, al cual dirigió estas palabras: «Hasta que nos veamos dentro de tres ó cuatro días.» Llegados á Parma, después que el Duque hubo comido en casa de Monseñor el obispo Diosdado Turchi, salió para Fontevivo; y á la llegada uno de los primeros que salieron á recibir al Duque fue el P. Pignatelli.»

«Como el príncipe quedara sorprendido, le dijo el Padre: «Señor, le he querido dar una sorpresa.» Después de esto le siguió hasta sus departamentos. Al cabo de algunas horas le recrudecieron los dolores que le habían asaltado ya en el camino de Parma á Fontevivo, y desde aquel momento conoció el Duque que se le había envenenado. Poco después, viendo que los recursos del arte no le aliviaban, para el negocio del alma se entregó en manos del Padre, con el cual se confesó y por él fue asistido después hasta su último aliento.»

Á lo depuesto por Franchi añade algunas circunstancias el testigo Mazzera. «El P. Pignatelli,» dice², «salió de Colorno algunas horas ántes que el Duque³, y se encaminó directamente á Fontevivo por la vía de San Segundo: llegó allá algunas horas ántes que el Duque: y así pudo salir á recibirle, como lo hizo; y él fue el que le dio el brazo para subir á su departamento. El Duque, apenas llegado á él, como que iba ya enfermo, se echó en cama, y ya no se levantó más de ella, ni se apartó más el

¹ *Process. Parm.*, fol. 503.

² *Ibid.*, fol. 248.

³ Esto es, ántes que el duque saliese de Parma: pues segun Franchi el Padre se despidió del duque, cuando este salió de Colorno.

Padre de él desde aquel momento hasta después que el Duque hubo espirado.»

«En este intermedio, el Padre, después de haberle confesado, le administró el santo Viático¹, y le asistió después hasta el postrer aliento. La mañana siguiente se fue de Fontevivo y se volvió á Colorno. Estas cosas y estas circunstancias las sé por el mismo Padre, el cual, apenas llegado [á Colorno], lo contó á la familia durante la comida.» Hasta aquí Pedro Mazzera, sastre, que servía á la casa del noviciado.

En los tres días que duró el mal y la vida del duque, no se apartó el P. Pignatelli de su cabecera: y confesó después el mismo Padre, que durante todo aquel tiempo apenas probó bocado ni cerró sus párpados. Sugeriale de cuando en cuando lo que era propio de aquella situacion y convenía más á tal alma, afectos de encendida caridad para con Dios, de perfecta resignacion al beneplácito divino, de total desprendimiento de las cosas criadas, y de vivo y ardiente deseo de verse pronto en la gloria y gozar del sumo bien: el enfermo, siempre con sana razon y con el uso libre de sus sentidos, lo iba acompañando todo con extraordinario fervor y gran consuelo de su espíritu; y era cosa que pasmaba el ver la paz, la serenidad y el júbilo con que veía acercársele la muerte. Con los ojos clavados en la devota imágen de un crucifijo, prorrumpía de vez en cuando en coloquios ternísimos, como si estuviese hablando cara á cara con el Redentor, en cuyos méritos infinitos hacía estribar la segura confianza de su salvacion eterna.

De la familia, de sus hijos y súbditos, y de cuanto dejaba en el mundo, no quiso oír más palabra; y solo le daba gusto oír hablar de Dios y de los bienes de la vida futura; y todo su consuelo fue acompañar, mientras pudo con la boca, y luégo con la

¹ El cura párroco de Fontevivo, D. Francisco Caraglia, que se halló presente en la habitacion del enfermo como una hora y media ántes de la muerte, dice que administró el Viático al duque su confesor el canónigo Ughi, de Colorno. (*Process. Parm.*, fol. 674.)

mente y el corazon, al P. Pignatelli, que dirigía á Dios por él y en nombre de la Iglesia las últimas preces de la recomendacion del alma. Cuando sintió que ya se le acababa la vida, quiso dar al P. José y á la Compañía de Jesús la última prenda del amor que á uno y á otra había profesado.

No se le ocultaba la triste condicion de los tiempos, y la próxima revolucion que amenazaba á sus estados y á su real familia, expuestos todos á la invasion extranjera y á todo lo peor que sabe maquinara la gente ambiciosa y que no teme á Dios; y sin embargo, como si nada de esto le perteneciese, ni tuviera que cuidar más que de los colegios, y especialmente del noviciado, miró con ternura al Padre, y le dijo como pudo: «¡Ay, mi amado P. Pignatelli! ¡En qué miserable y lastimoso estado os dejo á vos y á vuestros hijos de Colorno! En tiempos tan desastrosos y turbulentos os dejo desprovistos de todo. Pero adoremos los altos juicios de Dios, que así lo dispone para su mayor gloria y bien de nuestras almas.»

Á lo cual el P. José, después de rendirle, no tanto con palabras como con lágrimas, las gracias más expresivas, le dijo: «Vuestra Alteza no tenga la menor pena por nosotros: porque de nosotros tomará todo el cuidado Dios, que es nuestro padre.» Estas palabras testifica el H. José Grassi haberlas oído de los labios del Siervo de Dios¹.

Satisfecho y tranquilo con esta demostracion de benevolencia, entró el duque en agonía, y á poco rindió tranquilamente el alma á su Criador el día 8 de Octubre de 1802.

Habíanse visto aquel mismo día dos forasteros con botas de montar y látigo en la mano, que dejaron sus caballerías en el molino del camino real de Parma á Plasencia, distante como una milla de Fontevivo: todo el día no hicieron más que dar vueltas en derredor de la quinta: y cuando vieron que el párroco, muy entrada la noche, abrió la iglesia, y que se llevó el santo Viático á la abadía, desaparecieron. Súpose después, que

¹ *Process. Rom.*, fol. 144.

ya aquel día mismo muy de mañana se había esparcido en Cremona la noticia de la muerte del duque en Fontevivo¹.

El ya mencionado cura párroco de Fontevivo testifica que cuando entró en la habitación del duque, hora y media antes que muriese, encontró en ella al P. Pignatelli, que estaba arrodillado junto al lecho del moribundo; y que no se movió ni dejó aquella postura hasta que hubo fallecido D. Fernando. «Entonces se levantó,» dice², «y me pidió licencia para ir á decir misa en sufragio por el alma del difunto, aunque eran las cuatro y media de la madrugada, y díjome: «Se trata de mandarlo al paraíso.» Yo se lo consentí de buen grado, y le acompañé yo mismo á la sacristía.»

D.^a Luisa de Borbon, hija del difunto duque y monja ursulina en Roma cuando en esta ciudad se instruía el proceso del P. Pignatelli, dijo que el Padre la fue á visitar en Parma en el monasterio ó colegio de las Ursulinas, para darle algun consuelo en la sensibilísima muerte de su padre. «Sin darme pormenores,» dice, «de lo que había ocurrido en el tiempo que le asistió, se limitó á decirme que había celebrado la misa en sufragio por el alma de mi padre, asegurándome que había tenido una santa muerte.»

Añade que una sola vez se había confesado con él por ausencia de Monseñor Turchi, y termina diciendo: «Muchas cosas pudiera decir del tiempo que estuvo en aquel país el Siervo de Dios, si no hubiese yo llevado una vida de tanto retiro, como era costumbre en nuestra corte, pues vivía en un departamento separado del de mi padre. De boca de este he oído decir: «El Padre Pignatelli es un santo³.» También comunicó la triste nueva á los Padres dominicos de Parma; y el P. Fr. José Capponi, que se hallaba presente, atestigua⁴ que el P. José «dio muestras de gran firmeza de ánimo y resignación.»

¹ Relacion del P. Santiago Bottini, citado por el P. Boero.

² *Process. Parm.*, fol. 674.

³ *Process. Rom.*, fols. 913-915.

⁴ *Ibid.*, fol. 1106.

Tan lastimoso fin tuvo aquel verdadero padre de la naciente Compañía, y uno de los más entusiastas admiradores de la santidad y virtudes del P. José Pignatelli, á quien jamás apellidaba con otro nombre que el de «santo» y «gran santo;» y cuando hablaba de él, lo hacía siempre con términos de suma veneración y respeto. Á menudo se iba solo á San Estévan, y pasaba horas enteras en conversacion con él, descubriéndole toda su alma con la sinceridad y sencillez de hijo con su padre.

No emprendía cosa de importancia sin su direccion y consejo: y seguía siempre su dictámen, por la gran seguridad que tenía, como él mismo confesó al P. Mozzi, de no ir por mal camino, aunque al pronto pareciese muy contrario á lo que otros menos prudentes opinaban. Tenía dada orden á los de su corte que jamás negasen cosa alguna de cuanto pidiese el P. Pignatelli para promover el servicio de Dios ó el bien de los prójimos; y es cosa averiguada que el Siervo de Dios nunca se valió de tan amplio favor del príncipe para otro objeto, sin mezclarse en negocios de gobierno, ni en recomendaciones de personas en cosas ajenas de su instituto.

Todo el afán del «santo duque,» como le llamaba el Padre Pignatelli, se cifraba en arraigar y consolidar las obras de beneficencia y en acrecentar la Compañía, que era la niña de sus ojos: por él se vio en efecto trasplantada la Compañía en Italia; él la sostuvo y defendió constantemente; él ardió en deseos de verla restablecida por todo el orbe; él obtuvo del Papa Pío VII que escribiera un Breve al rey de España, Carlos IV, para que secundase el plan de los otros príncipes que deseaban restablecerla, aconsejándole que se pusiera de acuerdo con el P. Pignatelli: de lo cual no poco se confundió este; y cuando supo que se negaba á ello Carlos IV, lleno de satisfacción por el triunfo de su humildad, decía que bastaba haber terciado su nombre en aquel asunto, para que tuviese desgraciado éxito; pero al fin alcanzó el duque, como dijimos, protesta formal de Pío VII de que deseaba restablecer la Compañía en toda la Iglesia, como á su tiempo lo realizó. Por todas estas razones per-